

PERSPECTIVAS DE LA ECONOMÍA EUROPEA

Richard Harrington (*)

I. INTRODUCCIÓN

La economía europea sigue siendo cíclica (1). Después de un rápido crecimiento al final de los ochenta, se produjo un frenazo al comienzo de los noventa, seguido de un nuevo crecimiento en 1994 y 1995. Pero esta última mejora se ha revelado perezosa y el crecimiento de la producción se prevé que sea en 1996 inferior al 1,5 por 100, aunque se espera que crezca en 1997. La inflación se ha reducido a los niveles más bajos de los tres últimos decenios, pero en la mayoría de los países el paro continúa aumentando. En el conjunto de Europa ha crecido más del 10 por 100 desde 1993 y no hay ninguna razón para esperar que se reduzca sustancialmente en el futuro inmediato.

A medio plazo, tres cuestiones claves que afectan a todas las naciones europeas copan las perspectivas. Estas cuestiones son: a) el paso previsto a la moneda única; b) la necesidad de reformar los presupuestos estatales y de controlar el crecimiento de las transferencias sociales, y c) los reiterados cambios estructurales en la economía mundial ocasionados por el desarrollo rápido y continuo del sudeste asiático y el potencial desarrollo rápido de otras áreas del mundo, como el subcontinente asiático y los antiguos estados comunistas de la Europa del Este. Cómo les vaya a los diferentes países dependerá de cómo sus economías se ajusten a estas cuestiones, cada una de las cuales presenta sus propios problemas y sus propios retos.

II. LA ECONOMÍA EUROPEA: EVOLUCIÓN Y TENDENCIAS

En los treinta y cinco años que van desde 1960 a 1995, la producción en la economía europea creció a una media anual del 3,2 por 100. Teniendo en cuenta el crecimiento de la población, esto significa que las rentas reales crecieron en el período aproximadamente dos veces y media sobre su nivel original. El crecimiento americano fue similar, con un promedio del 3 por 100 anual, y el crecimiento japo-

nés fue más rápido, con un promedio del 5,6 por 100 anual.

Los promedios a largo plazo ocultan muchos datos y, de hecho, se produjeron cambios importantes en este período. Esto se demuestra en el cuadro número 1, que nos da el crecimiento medio durante tres subperíodos para Europa en conjunto, Estados Unidos, Japón y las cinco mayores naciones europeas. El cuadro muestra, por lo general, altas tasas de crecimiento de la producción durante los años sesenta y comienzos de los setenta, seguidos por un decenio de brusca reducción del crecimiento y, en la mayoría de los países, una modesta mejora posterior.

El período de los años sesenta y comienzos de los setenta formó parte de la larga y rápida prosperidad de la posguerra, cuando la mayoría de las naciones desarrolladas experimentaron un rápido crecimiento de los niveles de vida, conjuntamente con, por lo general, un paro bajo y, en la mayoría de los casos, relativamente bajas tasas de inflación. Pero las predicciones de aquellas personas que avisaron que la situación no sería estable y que se incrementaría la inflación se revelaron ciertas a la larga, y al final de los sesenta y comienzos de los setenta se produjo un repunte inflacionista mundial que propició que los productores de petróleo actuaran como un cartel y multiplicaran rápidamente el precio del petróleo. Los intentos de limitar la inflación en prácticamente todos los países desarrollados y la transferencia de recursos reales a los productos de petróleo produjeron una deflación general: las tasas de crecimiento cayeron y el paro comenzó a subir.

Pero la inflación había adquirido su propia dinámica y en muchos países permaneció en niveles altos. Un incremento posterior en los precios del petróleo en todo el mundo, en 1979, y unos esfuerzos más resueltos para limitar la inflación ocasionaron un período posterior de recesión al comienzo de los años ochenta. Ya entonces existía un mayor conocimiento de la importancia de las políticas monetarias como medio de combatir la inflación y la recesión de comienzos de los ochenta se vio marcada por políticas monetarias restrictivas y altos tipos de interés.

CUADRO NÚM. 1
EL CRECIMIENTO DE LA PRODUCCIÓN
EN TRES PERÍODOS

	1960-1973	1974-1983	1984-1995
Europa Occidental	4,8	1,9	2,4
Estados Unidos	4,0	1,8	2,8
Japón	9,6	3,5	3,2
Alemania	4,3	1,6	2,7
España	7,3	1,5	2,8
Francia	5,4	2,2	2,0
Italia	5,2	3,2	2,2
Reino Unido	3,2	1,1	2,4

Nota: Europa Occidental comprende los quince Estados miembros de la UE más Islandia, Noruega, Suiza y Turquía. Las cifras de Alemania se refieren a Alemania del Oeste hasta 1991 y a toda Alemania en lo sucesivo. *Fuente:* OCDE, *Estadísticas históricas*, 1960-1969, y *Perspectivas Económicas*, 1996.

Durante la última mitad de los años ochenta, las naciones desarrolladas volvieron a alcanzar un sustancial crecimiento de su producción, pero el aumento del empleo fue modesto y la inflación comenzó a aumentar nuevamente. Los altos tipos de interés, que en Europa se prolongaron debido a la reunificación de Alemania, produjeron una nueva recesión, de la que la economía europea se está recuperando ahora.

La situación actual es de modesta recuperación. La economía europea creció, aproximadamente, el 2,5 por 100 en 1994 y en 1995, se espera que crezca el 1,5 por 100 en 1996 y algo más en 1997. Pero cualquier proyección actual debe contar con los efectos de los cambios presupuestarios, ya que los diferentes gobiernos buscan modificar sus gastos y sus ingresos impositivos de manera que cumplan con los criterios fiscales para la UME. La mayoría de los países de la UE se esfuerzan ahora para mejorar su posición presupuestaria, pero los efectos a corto plazo de estos esfuerzos están condenados a ser deflacionistas. El paro en la UE ha superado el 11 por 100 desde 1993 y es poco probable que caiga significativamente en un futuro predecible.

III. UNIÓN MONETARIA EUROPEA

1. Política monetaria

Tras la unión monetaria subyace la idea de que si la Unión Europea debe crear y mantener un mercado único necesita una moneda única. Es obvio que ello sería conveniente y ahorraría mucho tiempo y algunos problemas inherentes a tener que operar con distintas monedas, pero más allá de esto se puede sostener que se verán fortalecidas las inversiones a largo plazo en el exterior y, más en general, la integración económica cuando hayan desaparecido los diferentes tipos de cambio y los consi-

guientes cambios generalizados en los costes y precios relativos.

Pero si estas ventajas son tan grandes, ¿por qué, en primer lugar, todos tenemos diferentes monedas? O incluso, si tenemos diferentes monedas, ¿por qué hemos tenido semejantes fluctuaciones en los tipos de cambio? Hemos tenido largos períodos en el pasado en los que muchas monedas mantuvieron valores estables entre ellas, lo que producía al menos alguno de los beneficios de la moneda común, aunque estos acuerdos nunca han durado. Repetidamente, se ha vuelto a la flexibilidad en los tipos de cambio de una u otra manera.

En el pasado, la respuesta a estas preguntas sería que países diferentes se enfrentaban a circunstancias económicas diferentes y elegían también políticas económicas diferentes. Ello redundaba en diferentes tasas de inflación y se deducía inevitablemente que las paridades en los tipos de cambio tenían que cambiar. Pero los puntos de vista se han alterado radicalmente debido a la experiencia de los últimos cincuenta años de políticas macroeconómicas y a la evolución de la teoría económica.

En primer lugar, los economistas han vuelto a descubrir el punto de vista de que la inflación es inútil a largo plazo. Durante muchos años del siglo xx la gente opinaba que una inflación modesta era, o bien una compañía necesaria en la actividad económica de alto nivel, o incluso algo deseable en el sentido de que el firme incremento de los precios facilitaba el ajuste real entre los salarios y los precios en un momento en el que, con frecuencia, se oponía resistencia a los verdaderos movimientos nominales a la baja. Todavía se pueden encontrar estos puntos de vista, pero la mayoría considera que la inflación ni facilita un alto nivel de empleo ni ayuda al ajuste de los precios relativos. Cuando la inflación persiste, todos nos acostumbramos a ella, a la que adaptamos en consecuencia nuestro comportamiento, por lo que deja de tener cualquier impacto positivo sobre la economía.

Esto constituyó un redescubrimiento. Los economistas clásicos, a partir de mediados del siglo xviii, opinaban que la única consecuencia a largo plazo de crear más dinero sería el alza de los precios. Pertenece al siglo xx la idea de que la política monetaria podía cambiar permanentemente el nivel de producción o el nivel de empleo.

En segundo lugar, los economistas redescubrieron la creencia de que la inflación se puede controlar. No sólo es indeseable, sino también innecesaria. Creemos ahora que políticas monetarias apropiadas pueden proporcionarnos estabilidad en los precios o, por lo menos, algo semejante a ello. También esto es un redescubrimiento: los economistas clásicos opinaron siempre que la inflación la causaba el exceso de dinero y que limitando la cantidad de dinero en la economía se reduciría la inflación.

En tercer lugar, esos cambios en la teoría parecen sustentarse en la práctica, particularmente en la práctica de Alemania. Este país, con una clara antipatía hacia la inflación y un banco central independiente, ha conseguido durante cuarenta años mantener una inflación baja con un alto nivel de vida y, hasta hace poco, unos niveles bajos de paro.

La teoría y la práctica parecen sustentar el punto de vista de que la inflación es indeseable e innecesaria. Se puede evitar sin coste a largo plazo, y si ello es así, lo sensato sería que la política de todos los bancos centrales se encaminara a alcanzar la estabilidad de los precios. Y si todos los bancos centrales actuaran así, seguirían todos la misma política. Ya no necesitaríamos políticas separadas y, por tanto, no necesitaríamos autoridades monetarias separadas. Podríamos tener una sola moneda para Europa y un banco central que la administrara. Todas las ventajas prácticas cotidianas de una única moneda serían posibles sin ningún coste a largo plazo. Podríamos apuntalar el mercado único y avanzar enormemente hacia la integración económica europea, sabiendo que ello sería un beneficio económico muy positivo a largo plazo.

Ésta parece ser la lógica del Tratado de Maastricht firmado en febrero de 1992 y que ejerce ahora una influencia dominante sobre las perspectivas económicas de todos los miembros de la UE. ¿Es correcta? ¿Podemos estar seguros de que podemos disfrutar los beneficios de tener precios estables sin coste en términos de bajas tasas de producción y de empleo?

He hablado de que los economistas han redescubierto las ideas de sus predecesores de los siglos XVIII y XIX. Durante ciento cincuenta años ha sido un argumento central de la política económica clásica que los cambios en la cantidad de dinero afectaban únicamente a los precios, y no tenían ningún efecto sobre la producción y el empleo. Pero se decía que esto se aplicaba a largo plazo; a corto plazo, los cambios en la cantidad de dinero afectaban a las condiciones de los negocios, afectaban a la producción y el empleo, causaban alzas rápidas y depresiones. Y el corto plazo podía durar muchísimo.

Éste es, en esencia, el dilema. A largo plazo, durante decenios, no se puede ganar nada con la inflación. Los comportamientos se ajustan, la gente se habitúa a la depreciación del dinero y nada cambia realmente. Pero una vez que se hayan ajustado los comportamientos, una vez que se hayan efectuado los acuerdos, que se hayan formado los hábitos mentales, ¿con qué rapidez se puede cambiar todo ello? Para decirlo tajantemente, ¿con qué rapidez pueden los países que han vivido con una inflación alta durante decenios cambiar a una moneda estable?

Todos hemos tenido historias diferentes, instituciones diferentes, acuerdos sociales diferentes y

mercados de trabajo diferentes. Para que una única política monetaria deba beneficiar a todos se requiere una convergencia real. Las diferentes economías deben parecerse mucho más entre ellas, y en cuestión de política monetaria e inflación, las diferentes economías deben parecerse a Alemania. Las subidas salariales y de precios deben ser bajas; los precios relativos deben ser más flexibles.

El riesgo es que se consiga la convergencia monetaria, pero no la convergencia real. Obtenemos estabilidad en los precios con acuerdos bajos en los salarios, pero a base del coste de un lento crecimiento de la producción y una subida del paro, con el consiguiente aumento de la conflictividad laboral que ello puede acarrear. Las perspectivas actuales no parecen buenas. En los últimos tres años hemos conseguido una mayor convergencia económica: los tipos de cambio han sido relativamente estables, las tasas de inflación han caído a niveles bajos, se ha producido una cierta convergencia en los tipos de interés tanto a corto como a largo plazo. Pero el crecimiento de la producción ha sido modesto, el empleo se ha estancado y las cifras del paro han crecido.

Si la política monetaria se considerara hermética, antiguamente se hubiera buscado el alivio compensatorio de la política fiscal. Pero en la actualidad ello no es posible ni a corto ni a largo plazo.

2. Criterios fiscales

El Tratado de Maastricht exige que los países consigan y mantengan un déficit presupuestario de no más del 3 por 100 del PIB y una deuda pública que no supere el 60 por 100 del PIB. Existe la posibilidad de interpretar flexiblemente estos criterios, pero presumiblemente más en lo que se refiere a los criterios sobre la deuda que a los criterios sobre el déficit. Verdaderamente, habrá que aplicar alguna flexibilidad, puesto que en 1995 once de los quince estados miembros de la UE mantenían niveles de deuda pública que superaban el límite del 60 por 100, en muchos casos con creces. En muchos países no existe ninguna posibilidad realista de reducir los niveles de deuda al 60 por 100 en 1997. Pero no parece probable que se conceda mucha flexibilidad con respecto al criterio de que el déficit público no supere el 3 por 100 del PIB.

Cuando se firmó el Tratado de Maastricht, una mayoría de países tenían un déficit público inferior a la cifra-objetivo del 3 por 100. Pero la situación presupuestaria se deterioró con rapidez prácticamente en todos los países, con el resultado de que en 1995 solamente Dinamarca, Irlanda y Luxemburgo mantenían aún déficit inferiores al 3 por 100 del PIB nacional. Algunos países han anunciado desde entonces mayores impuestos y otras medidas para reducir el gasto público. Pero a pesar del optimismo de la Comisión Europea (2), no está nada claro qué

países lograrán reducir su déficit público por debajo del límite del 3 por 100. Lo que sí está claro es que los esfuerzos para conseguirlo realizados por tantos países al mismo tiempo tendrán un importante efecto deflacionista a corto plazo sobre la economía europea, lo que ha sido criticado como inapropiado en las actuales circunstancias por muchos economistas (3).

La prisa actual por reducir los déficit presupuestarios parece poco afortunada, si bien en términos generales es necesario que los gobiernos europeos busquen controlar tanto el crecimiento de su propio gasto como la proporción de éste que se financia mediante el endeudamiento (4).

IV. POLÍTICA PRESUPUESTARIA

Durante los tres últimos decenios el gasto público ha crecido rápidamente en todos los países desarrollados. Esto se aprecia en el cuadro núm. 2, que muestra el porcentaje de gasto público en el PIB en cuatro subperíodos que comprenden los años 1960-1993. Las cifras se refieren a Europa Occidental en su conjunto, a Estados Unidos, Japón y los cinco mayores países europeos individualmente considerados. El resultado global está claro: el total de gasto público, incluyendo la compra de bienes y servicios y los pagos a la seguridad social, aumentó en Europa desde aproximadamente un tercio de la renta nacional durante los años sesenta y comienzos de los setenta hasta aproximadamente la mitad de la renta nacional a mediados de los años noventa. Este crecimiento en la proporción sobre la renta nacional tuvo lugar en un momento en el que ésta crecía, por lo que el crecimiento del gasto público en términos absolutos fue mucho más rápido de lo que puede parecer a primera vista. En números redondos, en los treinta y cinco años que van de 1960 a 1995, el gasto público en términos reales se multiplicó por cinco.

Los ingresos públicos también han crecido, pero no tan rápidamente, por lo que han seguido crecien-

do los déficit públicos. Esto se refleja en el cuadro número 3. En los años sesenta y comienzos de los setenta, los gobiernos europeos tendían a equilibrar sus presupuestos; algunos países tenían déficit modestos, pero otros tenían excedentes, con lo que el promedio de déficit resultaba bajo. Desde entonces, la tendencia ha sido al aumento del déficit, y a mediados de los años noventa, el promedio de los déficit públicos se aproxima al 5 por 100 de la renta nacional.

Existe un acuerdo creciente en que estas tendencias no sólo no pueden continuar, sino que hace falta un esfuerzo sostenido para revertirlas (5). Hay para ello muchas razones. En primer lugar, buena parte del incremento del gasto público se ha destinado a pagos a la seguridad social, señaladamente a pagos referidos a pensiones, desempleo y enfermedad o incapacidad. Preocupa que la existencia de generosos subsidios de desempleo pueda desincentivar la busca de trabajo y contribuir así a un aumento del paro. Algunos de los impuestos necesarios para pagar los subsidios se cargan a los empresarios, a menudo de manera que equivale a un impuesto sobre el trabajo. Lo que se conoce como la «cuña fiscal» —la diferencia entre los ingresos netos de un trabajador y los costes brutos de un empresario— ha crecido y cabe esperar, razonablemente, que ello vaya en detrimento del empleo.

En segundo lugar, los impuestos se añaden generalmente a los costes y hacen que la producción sea más cara, y la producción es cada vez más móvil y se puede desplazar de un área a otra, de un país a otro. Con frecuencia, muchas sociedades pueden elegir dónde situar las nuevas inversiones. Cuanto mayor sea el nivel de la imposición —tanto personal como societaria— mayor será el incentivo para que las sociedades inviertan en otro lugar.

En tercer lugar, la alta imposición estimula el fraude fiscal y el crecimiento de la economía sumergida. No conocemos el tamaño de la economía sumergida, y aunque las opiniones al respecto difieren ampliamente, una mera observación sugiere que se encuentra muy extendida en muchos países europeos. Esto es algo que nos debería preocupar.

CUADRO NÚM. 2
PORCENTAJE DEL TOTAL DE GASTOS PÚBLICOS
EN RELACIÓN CON EL PIB

	1960-1973	1974-1979	1980-1989	1990-1993
Europa Occidental	34,8	43,5	48,2	50,0
Estados Unidos	29,4	32,5	35,8	37,5
Japón	19,5	28,4	32,8	33,0
Alemania	37,5	47,5	47,8	47,8
España	—	26,8	39,1	45,4
Francia	38,0	43,3	50,2	51,9
Italia	33,7	42,9	49,0	54,5
Reino Unido	31,6	39,2	45,0	44,0

Fuente: OCDE, *Estadísticas históricas*, 1960-1993.

CUADRO NÚM. 3
PORCENTAJE DE DÉFICIT PÚBLICO EN RELACIÓN
CON EL PIB

	1960-1973	1974-1979	1980-1989	1990-1993
Europa Occidental	0,2	3,3	4,1	4,8
Estados Unidos	0,6	1,4	3,3	4,5
Japón	-1,0	3,4	1,5	-1,5
Alemania	-0,5	3,0	2,1	2,7
España	—	0,7	4,5	5,2
Francia	-0,5	1,1	2,1	3,4
Italia	3,1	9,2	10,9	10,1
Reino Unido	0,8	4,1	2,5	4,5

Fuente: OCDE, *Estadísticas históricas*, 1960-1993.

El fraude fiscal —por el que entiendo la evasión ilegal de impuesto, y no la manipulación habilidosa de los resquicios legales— es fraudulento e injusto. Es injusto por cuanto los honrados tienen que pagar por los que no lo son. Y si no se controla, el fraude alimenta el fraude. A las sociedades honradas que pagan sus impuestos les debe parecer difícil y desalentador competir con las que no los pagan. Algunas, finalmente, sucumbirán a la tentación de emularlas y podrán justificar su propio fraude con esa finalidad del negocio perpetua, pero difícil de encontrar: la igualdad de oportunidades para todos.

Hemos avanzado ya mucho en ese camino. Es evidente que en muchos países europeos un gran número, quizá mayoritario, de ciudadanos no considera que sus relaciones con el gobierno estén sometidas a las tradicionales reglas de honradez. Los impuestos existen para ser evadidos o reducidos, mientras que hay que reclamar los subsidios en cuanto sea posible.

Para el conjunto de la sociedad, la honradez es un beneficio social. Si tenemos elevados niveles de honradez, tendremos que dedicar pocos recursos, tanto públicos como privados, a una amplia gama de medidas disuasorias, procedimientos de seguridad y de vigilancia en general. Si tenemos niveles más bajos de honradez, entonces tendremos que dedicar más recursos a estas cuestiones. Sería estúpido pretender que los altos niveles de imposición son los únicos responsables de los bajos niveles de honradez extendidos en muchos países europeos, pero es muy probable que influyan, y debería tomarse esto muy en serio.

En cuarto lugar, hay que señalar que al lado de la evasión fiscal existen también muchas actividades dedicadas a encontrar vías legales para evadir o reducir impuestos. Esto, por definición, no es fraudulento, pero sí muy improductivo socialmente: no añade nada al producto final. Son actividades socialmente improductivas. Se puede decir una vez más que no hay nada nuevo en ello: la gente siempre ha buscado evadir impuestos. Pero se puede esperar que cuanto más altos sean los impuestos mayores serán los recursos que se empleen para evadirlos.

Los anteriores son debates sobre el nivel de gasto público y de imposición. Se deberían considerar también las cuestiones del endeudamiento público. Hace unos cincuenta años, los economistas keynesianos explicaban al mundo que no sólo era legítimo que el gobierno financiara sus gastos mediante el endeudamiento, sino que a menudo era también deseable que así lo hiciera. Cuando la economía se encontraba en recesión, el gobierno podía estimular la demanda gastando más de lo que recaudaba mediante impuestos. Ésta era la idea de la política fiscal anticíclica, y parecía una buena idea.

Pero como con tantas otras buenas ideas se ha abusado de ella. La lógica de la política fiscal anti-

cíclica es que el gobierno debería gastar más de lo que ingresa durante la fase de recesión del ciclo, pero debería ingresar más durante la fase de alza del ciclo. En el total del período del ciclo, el gobierno debería tener un presupuesto equilibrado o algo similar. Pero lo que ha ocurrido en los dos últimos decenios es que muchos gobiernos se han convertido en deudores netos habituales, manteniendo amplios déficit en la recesión y déficit modestos en la fase de alza, y como resultado de ello, el total de deuda pública no ha dejado de crecer.

Dado que otras cosas se mantienen idénticas, ello significa que el gobierno absorbe una gran cuota de ahorro nacional. Para ello, tiene que pagar los tipos de interés necesarios, y el amplio endeudamiento público del gobierno tenderá a hacer que suban los tipos de interés, lo que reducirá la inversión del sector privado. En la mayoría de los países desarrollados se ha producido en los últimos treinta años una disminución de la proporción de renta nacional dedicada a la inversión. Si queremos invertir en esta tendencia, sería deseable que el gobierno dejara de absorber el gran volumen de ahorro nacional que absorbe ahora.

Los anteriores argumentos sugieren que nos debería preocupar el crecimiento de la actividad gubernamental en la economía moderna y la forma en que se financia. Pero existe una razón más para preocuparnos, y es que la situación actual no es estable. Sin reformas estructurales, el gasto público continuará creciendo tanto en términos absolutos como en su porcentaje de la renta nacional.

Cambios demográficos

La gente vive más. El número de jubilados se ha incrementado durante muchos años y se puede esperar que continúe haciéndolo. La tasa de natalidad ha descendido y los datos actuales nos permiten prever ya que el porcentaje de gente mayor en la población crecerá ampliamente a comienzos del próximo siglo. A menos que haya un cambio significativo en la tasa de natalidad, esta tendencia continuará en los próximos decenios. Los jubilados reciben pensiones estatales y tienden a requerir más ayuda médica, lo que significa más gasto público. Así que si no cambian las políticas, el gasto público continuará creciendo durante muchos años. Este crecimiento no sólo lo es en términos absolutos, sino también en su porcentaje de renta nacional.

La posición varía ampliamente de un país a otro y, naturalmente, hay distintas perspectivas sobre la estimación del crecimiento del gasto público, aunque en general la posición está clara. En cuadro núm. 4 muestra las estimaciones preparadas por la OCDE sobre los incrementos del gasto público como porcentaje de la renta nacional. El cuadro proporciona las cifras en tres fechas futuras correspondientes a algunas de las economías más desarrolladas.

CUADRO NÚM. 4
IMPACTO ESTIMADO EN LA HACIENDA PÚBLICA
DEBIDO AL ENVEJECIMIENTO DE LA POBLACIÓN

	2010	2020	2030
Estados Unidos	0,3	1,7	4,3
Japón	3,5	7,0	7,5
Alemania	0,2	0,9	5,8
España	0,3	2,1	6,1
Francia	0,2	2,9	5,6
Italia	0,7	3,1	9,4
Reino Unido	0,8	0,9	2,1

Nota: Las cifras son estimaciones del incremento de gasto público en pensiones y en salud, en porcentaje de la renta nacional, que tendrá lugar si las políticas no cambian como resultado del envejecimiento de la población.

Fuente: *Perspectiva Económica*, OCDE, junio 1996.

En muchos países, los cambios demográficos provocarán un lento, pero constante, crecimiento de las peticiones al gobierno. Se pueden esperar también otros cambios que tendrán efectos semejantes: las nuevas y costosas formas de tratamiento médico son un caso característico. No se deberían interpretar las predicciones económicas de manera alarmista, pero son un testimonio más añadido a otros que sugieren que el nivel actual y la financiación del gasto público constituyen un serio problema. Se tendrá que producir una reforma estructural en el futuro. Será difícil y complicada, pero parece inevitable.

Un esfuerzo sostenido para reducir el gasto público y para reformar la Hacienda pública reducirá inevitablemente el campo de acción para utilizar la política fiscal como medida de estabilización a corto plazo. El paso a la moneda única ha reducido el campo para utilizar la política monetaria de esta manera. Ambas formas de política macroeconómica serán menos válidas en el futuro. Los gobiernos están perdiendo su capacidad para facilitar la estabilización a corto plazo, y ello en un momento en el que la economía mundial cambia rápidamente.

V. CAMBIOS EN LA ECONOMÍA MUNDIAL

Hasta hace poco se podía considerar que el mundo se componía de países desarrollados, menos desarrollados y el bloque comunista. Lo que era entonces una simplificación conveniente es ahora algo bastante ilusorio. El comunismo se ha derrumbado en la antigua URSS y en la Europa del Este y los países democráticos que han surgido están liberalizando sus economías y buscan unas relaciones comerciales con las naciones de Europa Occidental muy diferentes de las del pasado. En el sudeste asiático, algunos países han gozado de un rápido crecimiento económico durante años, crecimiento que parece extenderse ahora por toda la región. Los

países del subcontinente indio también han comenzado a liberalizar sus economías y alcanzar más altas tasas de crecimiento de sus productos.

El cuadro núm. 5 muestra las tasas de crecimiento medio de una serie de países del Sudeste asiático durante los años 1985-1993. Se puede ver que tres de los nueve países mostraron tasas de crecimiento durante los ocho años de más del 8 por 100 anual. Otros tres, incluyendo a China, tuvieron tasas de crecimiento de aproximadamente el 6 por 100. Tasas de crecimiento económico como éstas cambian rápidamente la sociedad: crecimientos del 5 por 100 anuales doblarán los niveles de vida cada nueve años, crecimientos del 6 por 100 anuales lo harán cada doce años. Tampoco es el caso de que todos estos países estén comenzando ahora a desarrollarse y tengan todos en la actualidad bajos niveles de renta. Según las cifras del Banco Mundial, si se tiene en cuenta el poder adquisitivo, en 1993 Hong Kong tenía un PNB per cápita superior al de Alemania y Singapur no se alejaba mucho (6). Corea del Sur, Malasia y Taiwán tienen todos rentas per cápita superiores a las de los antiguos países comunistas de Europa del Este.

Estas evoluciones son perfectamente conocidas y sus consecuencias serán trascendentales. Si continúan las tendencias actuales, cambiará el centro de gravedad de la economía internacional: tanto el consumo como la producción de fuera del mundo tradicionalmente desarrollado avanzarán constantemente y superarán a los de las economías tradicionalmente desarrolladas. El Sudeste asiático es ya un gran centro fabril, y teniendo en cuenta las elevadas tasas actuales de inversión y la disponibilidad de una amplia y cada vez más preparada fuerza de trabajo, se puede predecir que la producción fabril continuará allí su expansión tanto en términos absolutos como en porcentaje de la producción manufacturera mundial. En Europa puede que la producción continúe creciendo lentamente, pero sólo a costa de fuertes inversiones que ahorren trabajo. El

CUADRO NÚM. 5
CRECIMIENTO ECONÓMICO EN EL SUDESTE
ASIÁTICO, 1985-1993
(Tasas medias de crecimiento,
países seleccionados)

China	6,5
Hong Kong	5,3
Indonesia	4,8
Malasia	5,7
Singapur	6,1
Corea del Sur	8,1
Taiwán	8,1
Tailandia	8,4
Vietnam	4,8

Fuente: *Atlas Económico del Banco Mundial*, 1995, excepto en el caso de Taiwán, cuya cifra se calculó con los datos de la *Perspectiva Económica Mundial*, del FMI, octubre de 1994.

empleo fabril ha caído sustancialmente en Europa durante los últimos quince años y se puede esperar que continúe haciéndolo. Brown y Julius (1993) y Brown (1994) predijeron que el empleo en la industria en Europa mostrará en el siglo XXI un modelo parecido al del empleo en agricultura en el siglo XX; es decir, un constante declinar hacia un pequeño porcentaje del total de la población.

El lado positivo es que los nuevos países industrializados, ya sea en Asia o en cualquier otro lugar, no desean deshacerse de sus productos; en la medida en que crezcan sus mercados, crecerán sus demandas de importaciones. Aquí surgirán muchas oportunidades para las naciones europeas. Pero para ello será necesaria la flexibilidad. Las economías europeas deberán ser capaces de adaptarse y ajustar su producción a nuevas demandas, principalmente en el sector servicios. Entre otras cosas se requerirá una fuerza laboral adaptable y cualificada, y se requerirá invertir en capital físico y humano. Es una presión añadida para reformar nuestras economías.

VI. CONCLUSIÓN

Todos los asuntos anteriormente discutidos tienden a una sola conclusión: la economía europea prosperará en el futuro en la medida en que pueda adaptarse y volverse más flexible. Ello exigirá un cambio cultural junto a cambios económicos. En particular, habrá menos campo para que el gobierno solucione los problemas y será necesaria una mayor confianza en la iniciativa privada en el marco de los mercados competitivos. Esto no significa que el gobierno no continúe ejerciendo importantes funciones en la economía, pero sí significa que será necesario volver a examinar estas funciones y buscar formas para reducir el ámbito de las actuaciones del gobierno.

La unión monetaria europea significa que todos los países europeos, o al menos los que compartan la moneda única, renunciarán a los beneficios a corto plazo de unas políticas monetarias indisciplinadas y aprenderán a convivir con algo que se aproximará a la estabilidad en los precios. Para que ello no conduzca a un paro creciente se requiere una eficiente actuación de los mercados y una mayor responsabilidad en el comportamiento de los precios y los salarios.

Al mismo tiempo que los países europeos planean este cambio a un entorno de estabilidad en los precios, y la consiguiente dedicación de la política monetaria a objetivos a largo plazo, tienen que aceptar también que tendrán menos posibilidades de apoyarse en la política fiscal que en el pasado. La mayoría de los países encontrará necesario con-

centrarse en los objetivos a medio plazo de reducir el gasto y el déficit públicos. Esto tendrá efectos deflacionistas a corto plazo y la rapidez en superarlos dependerá nuevamente de lo bien que operen los mercados y de lo flexibles que sean los precios.

Finalmente, el crecimiento dinámico de la economía asiática ocasionará cambios duraderos en la economía mundial resultantes de un cambio fundamental en las ventajas comparativas. Esto requerirá también mercados flexibles y eficientes. El reto es desarrollar estos mercados, desterrar las actitudes que consideran que los gobiernos son la solución a todos los problemas y permitir a los mismos gobiernos ser a la vez más pequeños y más eficientes para prestar los servicios que realmente no puedan ser prestados desde el sector privado.

NOTAS

(*) Traducción de Nicolás Álvarez Tolcheff.

(1) En el presente trabajo, las referencias a la economía europea aluden a la Europa de la OCDE, es decir, los quince estados miembros de la Unión Europea más Islandia, Noruega, Suiza y Turquía.

(2) Véase la previsión semestral de la Comisión Europea publicada el 6 de noviembre de 1996.

(3) Véase, por ejemplo, ARTIS (1996).

(4) Véase ISSING, Otmar.

(5) Para una reciente y amplia discusión de este asunto, véase OCDE (1994) y OCDE (1996). Véase también MASSON (1996).

(6) Véase el *Atlas Económico del Banco Mundial* de 1995.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- ARTIS, M. (1996), «Pasos alternativos a la UME», *Diario Económico*.
- BROWN, R. (1994), «Competencia industrial entre el oeste y el borde del Pacífico», *Actas de la Sociedad Estadística de Manchester*.
- y JULIUS, D. (1993), «¿Es todavía importante la manufactura en el nuevo orden económico?», de R. O'Brien», núm. 7 de *Finanzas y Economía Internacional*, ensayos premiados de la Revista del Banco Amex, Prensas Universitarias de Oxford, 1993.
- ISSING, Otmar (1997), «Europa en el camino hacia la Unión Monetaria» en este mismo número de *PERSPECTIVAS DEL SISTEMA FINANCIERO*.
- MASSON, P. R. (1996), «Dimensiones fiscales de la UME», *Diario Económico*.
- OCDE (1994), *Estudio de la OCDE sobre el empleo*.
- (1996), «Políticas y perspectiva económica de la OCDE», *Perspectiva Económica*, junio.